

González Vera

Mientras el tren corría

LEGÓ a la estación Alameda examinando disimuladamente a cuantos le salían al paso. Procuraba no interesar la atención de nadie.

El recinto de la boletería estaba casi desierto. En un rincón, algunos viejos y mujeres cabeceaban, dominados por un aburrimiento mortal. Apenas adquirió boleto, se dirigió al tren, contentiendo el paso, pues un oscuro impulso lo impelía a correr. El carro de segunda hallábase todavía desocupado.

Dentro de pocos minutos el tren echaría a correr hacia lo desconocido, y entonces diría adiós, quizás si para siempre, a la ciudad que tan atrozmente lo había atormentado.

Sentía aún el griterío de la muchedumbre convulsionada por la movilización. Veía a la turba accionar y gritar insensatamente. Los jóvenes empatriotecidos habían entrado a saco al club de estudiantes, destruyéndolo todo y golpeando sin piedad a los que pretendieron defenderlo. Durante la noche varias imprentas fueron empasteladas y asaltados no pocos salones obreros.

Y como si eso no fuera suficiente, la policía, para congraciarse con la reacción, apresó a cuantos participaban en el movimiento extremista. Alberto sentía gravitar sobre su cabeza el imperativo de una orden de arresto. En los últimos meses, fué redactor de un periódico de ataque. Es cierto que sus escritos no constituían la nota más aguda; pero el momento no se prestaba para hacer diferencias.

La fuga era el único medio aceptable. Su juventud se rebelaba sólo de pensar que pudiese ser estúpidamente encarcelado. No, no le halagaba la posibilidad de quedar tras una reja, desconectado del mundo, ajeno a los afectos. Prefería errar por cualquier parte, luchar con lo imprevisto, ser libre.

El vagón comenzaba a llenarse con gentes de todas las trazas imaginables, que se volvían y revolvían hasta dar con la posición cómoda. Desde el andén ascendía un tumulto de gritos, advertencias y carcajadas. Faltaban pocos minutos para la partida.

Frente al asiento ocupado por Alberto, sentáronse dos señoritas de aspecto infantil. A través de la ventanilla, una señora les hacía innumerables recomendaciones: les preguntaba si querían algo, les pedía que no olvidasen de cuidar las maletas y les indicaba a qué personas debían saludar. Por último, cuando sonó el pítazo, después de despedirse una y otra vez, se dirigió a Alberto, diciéndole:—Ud. me las cuidará, ¿no?—El tren abandonó pesadamente la estación.

Pensó Alberto que su expresión debía de ser muy ingenua por lo rápidamente que inspiraba confianza. La proposición le agradó. Acompañado por las dos jóvenes, podría hacer creer que se trataba del hermano mayor o de un pariente. A nadie se le ocurriría que era un fugitivo, ¡Cuánto le interesaba producir la certidumbre de que era otro hombre! En los diarios de la mañana se anunciaba que expertos pesquisas viajaban en todas direcciones.

Después de varios preámbulos sobre la temperatura, los viajes y otros temas, que permiten transformar el monólogo en diálogo, la conversación se generalizó y rodó por todos los asuntos. Las señoritas hicieron recuerdos de su vida de colegiales.

Corría el tren en pleno campo cuando se abrió la puerta del vagón y entró un oficial de policía acompañado por un hombre joven. Alberto sintió que el techo se aplastaba contra su cabeza. Inconscientemente se achicó. Por un largo minuto no pensó ni sintió nada. Mas en seguida recobró su control. Algo lo estimulaba a ponerse en guardia. Intentó mirar al oficial con mirada

indiferente, con la mirada que puede tener el hombre que nada teme. Este solamente mostraba sus espaldas anchísimas envueltas en una desmesurada capa azul; pero su acompañante estaba a dos pasos, apoyado en un asiento, y lo observaba con sus ojos brillantes, fríos y burlones.

Su mirada, casi sin duda, era una mirada triunfal. Encontrábase, posiblemente, satisfecho de haberlo descubierto con tan escaso esfuerzo. Alberto sintió que su corazón se enloquecía. Le palpataba tan fuertemente que llegó a temer que pudiera estallarle el pecho. ¡Qué no hubiera dado por tranquilizarse! Si el acompañante advertía sus tremendos latidos, su esperanza de salvarse se desvanecería, y entonces... ¡No quería pensar en eso!

El hombre seguía en su puesto de observación. Estaba envuelto en una capa negra que le dejaba visible el rostro, un rostro ligeramente redondeado, cuya boca era tanto o más burlesca que sus ojos. Su vista saltaba de Alberto a las señoritas y luego vagaba en el vacío.

Ese minucioso examen ¿qué objeto tenía? ¿Creía acaso que pudiera haber parentesco entre las tres personas? ¡Qué bueno sería si creyese tal cosa! Y quizás si realmente pensaba en esa posibilidad...

Recordó con júbilo que la policía no podía tener ningún indicio suyo. De los artículos no resultaba fácil deducir sus características materiales. Con idénticas razones podían suponerlo alto o bajo, grueso o delgado, rubio o moreno. Por el tono enérgico de sus escritos era más probable que se le creyese de figura vigorosa. Y si llegaran a esa conclusión, lo buscarían en vano. Aunque su cuerpo superaba la estatura corriente, era sobrio de líneas y producía más una impresión de fragilidad que de fuerza. Y su rostro no reflejaba ni la hosquedad ni la audacia. Tenía algo de pastor protestante y bastante de monje ensimismado.

El tren se detenía brevemente en algunas estaciones, y luego, reemprendía su carrera jadeante. Corría el mayor tiempo hundido entre las sombras. Los pueblos rompían, de rato en rato,

la oscuridad, evidenciándose por sus cinturones de lamparillas eléctricas.

La conversación habíase extinguido. Alberto nada hizo por avivarla. Sabía que entre hermanos no existe propensión a la charla ni interés por cambiar impresiones.

Su divagación se interrumpió al notar que el agente había desaparecido. Pensó fugitivamente en que hubiese bajado; pero, inmediatamente, lo vió con el oficial. Éste escuchaba con el rostro absolutamente quieto. El agente tenía ahora la fisonomía movible. Por intervalos, suspendía su monólogo para sonreír.

Alberto procuró penetrar en el pensamiento de los dos hombres, interpretar sus gestos, oír alguna palabra indicadora; pero el ruido de los rieles, el jadeo del tren y la inmensa voz del viento apagaban las voces menores. Los gestos no eran tan precisos ni tan expresivos como para ser subordinados a una idea sola. Furtivamente, los hombres parecían mirarle. Empero, lo que miraban era todo el espacio ocupado por él y sus compañeras de viaje.

Extraño le resultaba no ser el blanco. Sus compañeras ¿qué tenían de raro para ocuparles la atención por tan largo rato? No eran bonitas ni interesantes. Realmente, no comprendía. Tampoco se podía pensar que les gustase el paisaje. Más allá de la ventanilla sólo había sombra. Entonces, ¿qué los preocupaba?

Sí. Ése era el problema. Lógicamente, debía ser su persona el tema de la charla. Y si no le clavaban la vista, era por no desesperanzarlo antes del minuto indicado. Hallábase solicitado por un cúmulo de hipótesis, y, paralelamente, sin quererlo, recordaba hechos indiferentes, ajenos a su estado de acongojamiento espiritual. Su conciencia oscilaba como un péndulo; iba de una suposición a otra; experimentaba la turbación del viajero que se encuentra en una ciudad jamás vista.

En ese momento, hubiera anhelado ser comprendido por cualquiera, sin recurrir a las palabras. Miraba porfiadamente a su rededor e intentaba, con absurda insistencia, que alguien recibiese su mensaje mudo. El sueño había enclaustrado todos los espíritus, la carne yacía inerte.

Estaba circundado de vacío. Nadie podía oírlo ni comprenderlo. Tal vez si diese un grito, un grito que horadase todas las distancias; pero no podía gritar. Además, era inútil hacerlo. Las gentes volverían a la realidad, se inquietarían y terminarían por hacerlo apresar. Sus perseguidores, tendrían oportunidad de ponerle la mano encima. Y tendría que descubrirse y explicarse. No podía gritar ni hacerse comprender por nadie. Su angustia era indivisible.

Siguió a su estado de exaltación, de rebelión interna, otro de quebrantamiento. Sus instintos se apagaron. Estaba en un círculo incomprensivo que no reaccionaba en el sentido deseado por él. Inútil, infinitamente inútil sería toda acción. Había que amoldarse a las circunstancias, cerrar los párpados y resistir la presentida tempestad.

En algunas horas más debería seguir a los dos hombres hasta la prefectura más cercana, y luego de ser interrogado, lo encerrarían en la cárcel, codo a codo con asesinos y ladrones. Tal vez tendría que estar todo el tiempo en una celda húmeda, sin claridad, entregado al fastidioso afán de desmenuzar pensamientos y forjar planes para un futuro hipotético. Y así, poco a poco, iría perdiendo su vinculación con el mundo, y en un instante fatal, moriría sin la presencia de ningún rostro amigo. Moriría sin que nadie lo supiese ni lo lamentase. Y sería sepultado, y nunca más sabría nada y no podría ni siquiera sufrir. El sol, la alegría, la esperanza, los afectos; el mundo horrible y hermoso, se le escaparían de la conciencia. Y con el tiempo, así como los demás, no estaría ni muerto, porque ya nadie lo recordaría.

El oficial y el agente permanecían cerca de un promontorio de maletas. Miraban distraídamente a derecha e izquierda. No conversaban. Parecían aburridos.

La media noche densificaba las sombras y estrangulaba los rumores. El tren había dejado atrás una larga cadena de pueblos y ciudades. Los viajeros se renovaban de estación en estación.

Alberto encontraba anormal que todavía no lo hubiesen ba-

jado. ¿Por qué no lo hacían? No era, seguramente, porque faltasen presidios en los pueblos ya atravesados. No podía ser ésa la razón. Además, si realmente pensaban detenerlo, lo conducirían a la capital, y ocurría que cada minuto se alejaban más y más. La conducta de sus perseguidores resultaba incomprendible. ¿Por qué no lo detenían desde luego? Ahora, si querían vigilarlo hasta el punto de término, la cuestión resultaba más justificada. Pensaba, sin embargo, que encomendar a dos hombres tan sencilla misión, era un exceso. Con uno bastaba y sobraba. Él no pretendería resistir. ¿Para qué?

También le chocaba que empleasen un oficial de policía, tratándose de un asunto concerniente a la pesquisa. Pudiera ser que se debiese al mucho trabajo de ésta.

El acompañante del oficial hallábase envuelto en una capa negra. Este detalle casi hacía creer que no se trataba de un agente, porque la capa es una prenda original. Corrientemente un agente se disfraza para no ser advertido. Esto revelaba muy poca perspicacia. Tampoco era inteligente permanecer en un sitio, mirar con obstinación a la posible víctima y ser, a la vez, el blanco de medio vagón. Si no hubiera asientos, nada importaría; pero el carro estaba medio vacío. ¡Qué tontos eran!

Tal vez fuesen viajeros como los otros; empero, ¿por qué insistían en continuar de pie? Y ¿por qué miraban con tanta preferencia hacia donde él estaba, cuando podían hacerlo en otra dirección? ¿Obraban casualmente? Mas, no dejaba de extrañarle que aun no sintieran cansancio. Habían trascurrido dos o tres horas. Eso ¿no indicaba claramente que tenían un motivo serio para no moverse? Si se descontaba la posibilidad de que lo estuvieran acechando, ¿debía pensarse que estaban preocupados de cuidar el montón de maletas? A lo mejor, el oficial pertenecía a alguna prefectura de provincia. Probablemente regresaba de una comisión de servicio. El acompañante, bien podía ser un pariente, un amigo. Pero ¡qué montón de maletas llevaban!

¿Sería ropa? No. No podía ser ropa. Eran demasiadas las maletas. Quizás pudieran contener útiles, objetos para tal o cual cosa. Sin embargo, no siempre se ocupan maletas para trans-

portar objetos, a no ser que quien las lleve sea comerciante.

Un oficial es un funcionario modesto. Apenas puede tener una maleta, y eso. Es cierto que podía conducirlas por orden de alguien. Pero esta suposición no era aceptada porque oficial no es sinónimo de mozo; la dignidad del cargo, no le permite a un funcionario uniformado entregarse a trabajos tan anodinos. Al fin, que fuesen tuyas o no, daba lo mismo.

Si no las estuviesen cuidando, ya se habrían sentado. Ese hecho tan minúsculo, tan simple en apariencia, se erguía como un muro ante su espíritu.

Posiblemente, en ese instante, los hombres sintieron cansancio. Miraron hacia el fondo del convoy, y sin apuro, siguieron la ruta de sus miradas. Al paso del oficial, Alberto sintió en su hombro derecho algo así como la sensación de una mano. Contuvo la respiración hasta que se hubo atenuado el ruido de los pasos. Entonces se embrollaron todas las ideas. No pudo precisar si había sido tocado o si se trataba de una mera sugestión. Y no halló tampoco qué camino seguir para explicarse la sospechosa conducta de esos hombres.

Seguramente, ahora, debían de estar sentados. Pero no quería cerciorarse. El imprevisto movimiento del oficial, aunque desbarataba sus cálculos, le parecía muy bien. Sin saber por qué, sentíase un poco más libre. Estaban casi lejos.

La cabeza le ardía un tanto y le pesaba. Optó por bajar el vidrio de la ventanilla y se acodó por un largo momento. El viento se apretaba contra el tren. Le cubría los flancos y se aplastaba contra su techo. Daba la sensación de un túnel, invisible y dilatado, que tuviese la virtud de retroceder aceleradamente.

Al contacto del viento, del denso viento que llegaba desde el infinito, fué gradualmente calmándose. Sus inquietudes se dispersaron. La noche se internó en su espíritu. Pronto, su conciencia no pudo registrar ni una sola idea. Sus sentidos se adormecieron. Su cuerpo se aflojó y su personalidad quedó disuelta.

Permaneció en ese estado de ausencia absoluta durante media hora. Luego sintió frío, se estremeció y bruscamente volvió a en-

contrarse en el vagón. Tal vez había dormido. No recordaba nada. Sus acompañantes estaban quietas; la más pequeña había apoyado su cabecita en el hombro de su hermana. ¡Qué gusto daba verlas así! Sus rostros tenían una inefable expresión de candor. Respiraban apenas. Mirándolas, se sentía invadido por un éxtasis casi paternal. Él, en su lejana infancia, tuvo una hermanita tan candorosa y tan inocente como sus compañeras. Ahora estaba solo frente a la vida; era el último vástago de una familia talada por la desventura.

Si conseguía arraigarse en alguna ciudad del sur, posiblemente se casaría y tendría hijos. Así sería más tolerable resignarse a morir, porque alguien heredaría sus anhelos y haría perdurar un instante más en el tiempo la borrosa, pero visible, estela dejada por él y por cuantos vivieron antes que él.

Reconfortado por tales ansias, miró en torno. Los viajeros comenzaban a moverse. Unos estiraban los brazos, otros bostezaban, otros miraban con la entontecida mirada de los bueyes. Fueron rehaciéndose las conversaciones. Se habló de las próximas cosechas, el cuatreroismo y la situación política. Temíase que la movilización pudiera desencadenar una guerra.

Desde el último banco, el oficial y su compañero miraban fijamente. Daban la sensación de estar durmiendo con los párpados abiertos. Era probable que estuviesen vigilando el montón de maletas. Sin embargo, la atención de ellos parecía abarcar un radio mayor. Dentro de ese radio estaban él y las muchachas. Aunque no sabía qué lo amenazaba, puesto que sus perseguidores guardaban una actitud pasiva, sintió de nuevo un temor, un malestar horradante. Encontrábase incómodo. Interpretando las actitudes de los que iban en el vagón, daba a su inquietud diversas direcciones. ¿Por qué lo invadía un fastidio tan dissociador?

Si se pusiera en pie, disiparía un tanto su inexplicable angustia; pero sus piernas no le obedecían. Tampoco se atrevía a segar la raíz de su anonadamiento. Y sin embargo, eso era lo único que podía salvarlo. Era estúpido estar sumido en la congoja cuando nadie lo había insultado o golpeado. No había razón para que se abatiera. Debía alzarse ante sí mismo.

Sabía que estaba bien despierto; pero, como en las pesadillas, quería moverse y continuaba inmóvil; deseaba dar un grito y no conseguía desenterrar sus labios; intentaba apagar sus temores, pero no lograba formularse un pensamiento valeroso. ¡Y estaba despierto, y veía, y lo sentía todo!

Y lo que más lo amargaba era que en el fondo de su conciencia, casi subterráneamente, iba adquiriendo relieves precisos el temor de ser detenido. Repasaba sus recuerdos y no descubría ningún motivo que justificase tal medida. No había ofendido a nadie, no había robado, ni asesinado, ni hecho estafa alguna; pero sentía que todo le era hostil, y un peligro impreciso, vago y más poderoso que su razón lo acechaba desde todos los rincones, ocupaba el vacío, lo palpaba casi imperceptiblemente, y seguía con mirada disecadora las fases de su desmoralización.

Gritando, haciendo movimientos enérgicos, seguramente lograría desvanecer el fantasma. Por desgracia, no podía hacer nada. Y si lo intentara, los demás entrarían en sospechas y ya no tendría reposo en todo el trayecto. ¡Ah, si pudiera compartir su sobresalto, si alguien acudiera en su auxilio, si existiera Dios, aunque sólo fuese un minuto!

Estaba ante un peligro incorpóreo, inubicable, que no podía ser asido ni calcinado.

Hubiera querido gritar con el vano grito de los animales que presienten su término; hubiera intentado lanzarse del tren hacia la muerte evidente, sólo por escapar del peligro impenetrable; pero ¿y si su turbación acababa en el minuto siguiente? No. Más valía concluir pronto, yendo al encuentro de sus perseguidores. Maquinalmente, se puso bajo el brazo su saco de viaje, miró con osadía hasta el fondo del vagón y quiso ponerse en pie. Quería saber qué deseaban de él.

Antes que iniciase su propósito, el oficial se movió. Efectivamente, el policía parecía venir en su busca. ¿Acaso había adivinado su intención? ¡Qué contrariedad!

Embargado por sus anteriores sobresaltos, Alberto no pudo percibir el acabamiento de la noche.

El oficial y su acompañante pasaron, abrieron la portezuela y

comenzaron a arrastrar las maletas hasta la plataforma. Sonó la campana del tren y la velocidad de éste fué disminuyendo, disminuyendo. Y por fin, se detuvo casi bruscamente. Algunos pasajeros salieron. Desde el andén llegaron algunas voces. Luego se oyeron relinchos, bramidos y cantos de gallos.

El pito del conductor vibró como un latigazo, y el tren reanudó su carrera interrumpida. Ahora no corría agobiado por las sombras. Eran las sombras quienes huían hacia todas las lejanías. El alba corría también hacia el infinito, restaurando los caseríos, los cerros y los ríos, arrancados de la superficie por la noche que acababa de extinguirse.

GONZÁLEZ VERA.

Santiago, 1.º de noviembre de 1923.